



MESA DE EXPERIENCIAS: HILOS QUE TEJEN ESPERANZAS

AMAYA MODREGO JIMÉNEZ.

Mercedaria Misionera de Bériz (RD.Congo)

Cuando se me propuso participar en estas jornadas, el título conectó con lo que va siendo inquietud, pregunta y búsqueda. Algo que voy sintiendo como “necesidad vital”: o nuestra vida es profética o pierde el sentido y la razón de ser, se muere poco a poco. Profetismo que es, por otra parte, tan esencial y tan nuestro, que esta en los orígenes de la vida religiosa.

Al mismo tiempo, al pensar y aterrizar en mi experiencia concreta, esta palabra me resulta demasiado grande, gigante. Y mi vida, nuestra vida, tan pequeña. Pero creo que lo importante no es tanto “el dónde estamos”, sino el proceso que vamos haciendo, el camino de búsqueda. Y desde ahí me atrevo a compartir, compartir desde la pobreza pero y por qué no, también desde la riqueza de lo que Dios va haciendo, descubrirlo, reconocerlo y agradecerlo.

A los pocos días de llegar de África, me avisaron; hay un reportaje del CONGO en La2. Deje todo y fui a verlo, entre la gente entrevistada había gente conocida de Lubumbashi y Kipushi. Recordé hace 14 años, cuando sucedió el genocidio de Rwanda. Vi aquello desde la televisión, era una realidad completamente desconocida para mí, algo que ocurría muy lejos, hoy lo veo de otra manera. Estoy allí, es el país de donde vengo, la gente con la que vivo. Y yo me preguntaba: qué ha pasado? Qué ha pasado en mí durante este tiempo? Que ha ido haciendo Dios, para que esto sea posible?

¿Cuándo ha comenzado esta historia?... Nunca he podido comprender el seguimiento de Jesús sin “opción por los pobres” y esta ha sido “mi desgracia”..., desgracia si, porque este “opción por los pobres” la que me ha descolocado, hecho ver el mundo desde el otro lado, salir de mis proyectos e intereses personales, para escuchar los del Dios de Jesús. Fui descubriendo que en el encuentro con esos que “decimos pobres” se encarna el verdadero encuentro con Jesús, y en caminar con ellos, por sus caminos, el seguimiento. Más tarde comprendí muy bien aquello que dice la Teología de la Liberación “*los pobres son lugar teológico...*”

Y mi mirada y atención se fue fijando en lo que llamamos “tercer mundo”, y fui acariciando el sueño, y alimentando el deseo de un día poder conocer, experimentar y pisar esa “tierra prometida”.

Mi primer encuentro con la POBREZA, fue en la India, eran mi mes de vacaciones, “turismo bajo capa de voluntariado”, decimos ahora, no sin razón. Yo misma lo descubrí allí. Esa pobreza y miseria que se palpa por las calles de Bombay me inspiró respeto, un silencioso respeto, “con la pobreza no se juega”, es la vida de grandes masas de empobrecidos. Comprendí que aquí no valían medias tintas y que de comprometerme, no podía ser a ratos, sino “toda entera”, y en lo profundo de mí misma hice promesa de nunca volver a un país empobrecido sino era para un compromiso mas serio. Todavía no pensaba para nada en la vida religiosa, pero sin darme cuenta ya se iba gestando eso de estar y vivir, compartir vida con los empobrecidos.

Mi segundo lugar fue Perú, ya como Mercedaria Misionera de Bériz. Allí pude disfrutar de ese hacer camino con una iglesia campesina pobre, recorrer caminos, visitar aldeas, vivir el calor de la mesa compartida en sus casas, una pastoral que me permitió vivir el contacto cercano con ese pueblo y vibrar por dentro. Fue consolidándose de una manera natural y sencilla la opción por los

pobres... ya no eran pobres sino amigos, personas con sus nombres, su historia, sus luchas, eran parte de nosotras.

Pero también allí fui tocando y haciéndome consciente de resistencias personales “el precio a pagar,” el “*Deja tu tierra y la casa paterna...*”, me di cuenta hasta que punto soy europea, occidental y salir de mi tierra era abrirme sin condiciones a lo diferente. Dejar, era dejar más que un pasado, un futuro, el que quieres forjar por ti misma, para abrirme en disponibilidad a aquel que se me va dando, desde la búsqueda que supone la fidelidad.

Hoy estoy destinada en RDC, en Africa, voy pisando mi “tierra prometida” que no es un continente, ni un lugar, sino este estar y vivir en medio de los empobrecidos, de otra cultura y pueblo, voy gozando y sufriendo al mismo tiempo.

Estoy en Kipushi, una ciudad minera de unos 40 000 habitantes a 30 Km de Lubumbashi.

En la comunidad somos 10, 7 jóvenes entre postulantes y novicias, la formadora que es congoleña, una mexicana y yo. Es una comunidad dinámica, donde compaginamos la formación con varios apostolados. La comunidad es para mí el primer espacio de inserción en otra cultura, ellas son el puente que me ayudan a zambullirme y adentrarme en su realidad, su cultura, su pueblo. Esto esta siendo muy importante.

Trabajo en un Centro de Salud que es maternidad, dispensario y centro nutricional. Lo importante de mi trabajo no es tanto lo que hago, como la oportunidad que me brinda de acercarme vitalmente a la realidad de este pueblo y muy especialmente a la mujer africana. Hay días que celebras la alegría de haber sacado adelante a un enfermo, un niño, un logro, un avance y otras donde vives la rabia, la impotencia, el cansancio, el enfado ante una realidad que no funciona, y me digo a mi misma: es eso sufrir en carne propia lo que supone la falta de medios y de infraestructuras adecuadas y participar de es “lucha por la vida” de todos los días. Porque si algo experimento en Africa es la “lucha por la vida”, que requiere constancia, tesón, coraje, confianza, una esperanza contra toda esperanza, resistencia y paciencia. Y a eso nos enseñan ellos. Muchas veces siento INDIGNACIÓN, indignación al constatar lo poco que cuenta la vida de la gente, lo que cuentan son las minas, es la riqueza de su suelo que vemos expoliar, dejando tras si polvo, contaminación, carreteras destruidas, un pueblo analfabeto y enfermo y más al Este nos llega ese clamor de una guerra sin sentido que crea el horror y la muerte.

Mis inquietudes y búsquedas.....como Vida Religiosa en África

Cuando llegue a África por primera vez en el año 2003, una de las primeras cosas que sentí es la DISTANCIA, la distancia que si no tenemos cuidado puede darse y se da entre nuestra Vida Religiosa y la vida de la gente. La situación tan desesperante de la mayoría de la población, su lucha por vivir, su inseguridad y nuestro tener todo lo necesario y cierta seguridad. Además de la distancia cultural, de mentalidad, que también hay que franquear. Sin querer, llevamos modelos de vida muy europeos.

Me acompañaba la pregunta, ¿cómo caminar al lado de la gente, buscando caminos juntos, en reciprocidad? ¿Cómo franquear distancias, superar barreras para caminar en igualdad, con un estilo de vida más cercano, que desde compartir sus luchas nos movilice a todos?

Profundizando juntas en nuestro carisma liberador, nos dio luz el texto del éxodo 3,7 “Yahvé dijo: *“conozco el dolor de mi pueblo, por ello estoy bajando para liberarlo del poder de los Egipcios y hacerlo subir”* Ese descender, bajar, es punto de partida de toda liberación, salir al encuentro del otro allí donde está. Necesitamos descender para conocer de verdad lo que vive nuestro pueblo,

aunque eso nos duela, atrevernos a mirar. Este “descender” se convertía en necesidad para nosotras, en clave de búsqueda, era llamada a una mayor encarnación, a un estilo de vida más sencillo, más insertas, como unas más. Esto lo hemos vivido grupalmente. Para mi personalmente hacer camino de encarnación, me es vitalmente necesario para ir enraizándome en África.

Otras inquietudes que me laten...

- ¿Cómo trabajar por un cambio de estructuras también desde abajo y desde dentro de la realidad? Esto es especialmente difícil cuando la realidad es compleja, la verdad tan oscura, la corrupción grande y hay pocos caminos.
- ¿Cómo desde ahí, desde abajo ir viviendo un estilo de vida alternativo, desde el evangelio?. Quizá solo gestos, pero gestos cargados de significación que apuntan a algo distinto (desde un comportamiento respetuoso con la naturaleza, eliminación de basuras, consumo local que favorece a los más pequeños, producir por nosotros mismas lo que podamos, en un país que no produce..., no exporta nada..., vivir en fraternidad siendo de culturas y tribus diferentes, vivir valores de siempre como la acogida, el compartir, el perdón y misericordia, la inclusión de los que también son excluidos en esa sociedad), auto gestionarnos lo más posible nosotras mismas, formarnos y formar en lo posible allí donde estamos para salir de la ignorancia, un ignorancia que mata.

Desde la casa de formación esta búsqueda, cobra una nueva dimensión. Hacer vida lo que vamos soñando, buscando, intuyendo se hace especialmente urgente. Lo que se lee, se reflexiona, se ora y estudia ayuda en la formación, ayuda a poner palabra, pero lo que de verdad nos transforma, nos construye es lo que se vive, es en la práctica de la vida donde somos confrontadas con nuestra verdad. Decía Antonieta Potente, que la vida Religiosa vive una especie de esquizofrenia que la corroe por dentro y es la distancia entre lo que decimos, soñamos, escribimos y lo que luego vivimos. Esta distancia siempre es peligrosa y nos hace daño, pero en las etapas de formación más todavía, pues es construir sobre arena.

Pequeños pasos

Comparto algunos pasos que como comunidad hemos ido dando, desde esta inquietud de acercarnos más a la realidad de la gente para tocarla por dentro, conocerla, son cosas pequeñas pero son pasos.

- Abrir nuestra casa y compartir nuestra mesa con naturalidad y sencillez.
- Favorecer la elaboración local, empezando por nosotras mismas, el trabajo manual... Vamos haciendo el pan, la mermelada, el huerto, las tarjetas, lo que sea, y favorecer el consumo local en la medida de lo posible.
- Continuar visitando los presos, acercándonos más a cada uno. La cárcel es un mundo especialmente doloroso y abandonado, sobreviven apiñados en condiciones inhumanas que claman. Nuestra presencia quiere ser un recordatorio están ahí y también tienen derecho.
- Acercarnos a las aldeas tan olvidadas de los entornos. Hemos comenzado la pastoral en un pueblo.
- Coger la azada. Acabamos de empezar a cultivar un campo. Con la crisis, el precio de la harina y productos básicos se han duplicado. Algunas minas se están cerrando. Vemos la importancia de animar el trabajo del campo para poder comer y buscar alternativas a los fertilizantes químicos. Nuestra palabra solo puede tener autoridad si nosotras también cultivamos.

Si hoy me preguntan cual es nuestra pastoral como comunidad diría simplemente esa: “cultivar un campo” Parece una cosa tonta y poco eficaz pero esta significando mucho, y lo más importante, otro estilo de vida. El trabajo en el campo, nos lleva a vivir un poquito más como

todo el mundo. Ahora volvemos a casa llenas de barro, tenemos que organizarnos en función del ritmo agrícola, hablamos de la lluvia, y de semillas. .. Nos esta permitiendo otra relación con la naturaleza, vivir ese dialogo y contacto con la tierra, valorarla como madre tierra que nos alimenta, recuperar lo esencial. Una novicia nos decía “estoy recuperando identidad”, esto es no desenraizarlas de su estilo de vida, pues son ellas las que pueden enseñarnos a vivir más cerca de la gente. Ahora vamos “conociendo”, con ese conocimiento que es por propia experiencia lo que significa cultivar, la inversión que supone, los riesgos, el trabajo duro y desde ahí las dificultades de nuestros campesinos: la incertidumbre del tiempo, los robos, el dinero a invertir etc

No sabemos a dónde puede llevarnos todo esto, pero si que puede permitirnos caminar con nuestro pueblo, “desde abajo y desde dentro”. Porque esta es nuestra pregunta. ¿Cómo crear alternativas desde abajo, desde donde la gente está? para ello hay que estar ahí.

Para mi personalmente este proceso de encarnación pasa también por una escucha profunda, saber escuchar la vida que corre por debajo de todo esto, escuchar al que habla y al que no tiene fuerza para hablar, saber escuchar y compartir con ellos sus luchas, alegrías y sueños, saber mirar más allá de las apariencias, descubrir la riqueza que me llega y los signos de vida.

¿Qué me sostiene?

Cuando me paseo por las calles de Kipushi, sabiéndome la única europea en treinta kilómetros a la redonda, cuando me monto en sus transportes públicos, como una más, me pregunto Qué hace una chica como yo en un lugar como este? A pesar de las dificultades, de la aridez que a veces se siente, en el fondo me siento bien, contenta de estar donde estoy y me pregunto.¿Qué me sostiene?

Desde luego no es lo que hago, o para que sirve lo que hago que es bien poco y bastante insignificante. Mi hermana vino a visitarme, cuando le pregunte que impresión le quedo, me dijo: “*veo que lo que hacéis es como una pequeña gota de agua en un océano*”. La pregunta que seguía y que no oso formular era: ¿merece la pena?

Pues no, posiblemente visto desde la efectividad y eficacia no merece la pena, pero ahí me di cuenta que no es esto lo que me motiva y me sostiene. La pregunta que me acompaña no es si sirve para mucho o poco lo que hago, si transforma esta realidad, que por supuesto también se intenta, pero no es esto. La pregunta que me acompaña y me sostiene es más bien, si camino al lado de este pueblo, si soy compañera y hermana, si rompo barreras y creo lazos de amistad y fraternidad, si buscamos caminos juntos, es la importancia de la presencia lo que voy descubriendo y esto es lo que me permite estar y permanecer aun cuando desde fuera no se entiende.

Me da luz y me ayuda el testimonio de Monseñor Romero, a pesar de su compromiso que le costo la vida, nada cambio en el Salvador. Tras su muerte todavía más de 60000 salvadoreños fueron asesinados o desaparecidos. Aparentemente su vida y su mensaje no sirvieron para nada, poco o nada cambiaron las cosas. Pero con su vida transmitió un mensaje que el pueblo salvadoreño entendió muy bien.... “*Dios no abandona su pueblo*” está con las victimas, a su favor. A veces no nos queda más palabra que esta.

Me sostiene contemplar la encarnación de Jesús, que asumió y penetro hasta el fondo la condición humana, y desde ahí y con El osar entrar y penetrar en el fondo de nuestra realidad, de nuestros pueblos, del drama humano que vivimos, ante tanta desigualdad, injusticia y muerte. Vivirlo desde dentro y desde abajo, como El.

El silencio, ese silencio que me permite mirar con otra mirada, escuchar y descubrir la vida que corre por debajo de todo esto, gestos de muchas personas que no pueden dejar de despertarme admiración, agradecimiento y esperanza y descubrir ahí la acción de Dios y el deseo de colaborar con El dando vida y dignidad.

Me moviliza el deseo cada vez más vital, de adentrarme en la trama de la historia, de no querer quedar al margen de los acontecimientos, al margen de lo que viven los hombres y mujeres de hoy, de las causas por las que se lucha, como diría Ètty Hillisum “no estar al margen de la colectividad”. Vivir el momento histórico que nos toca y participar de El.

Pasar de estar como “el ciego que esta al margen del camino”... sin implicarse, a dejar el manto (con toda la significación que tiene ese manto) para entrar en el camino, hacer camino de seguimiento, un seguimiento que pasa por participar en la historia y sus acontecimientos, mojarme, “embarrarme. Y descubro que este adentrarme en el corazón de un pueblo, en sus luchas y esperanzas, en su vida, es el modo de adentrarme en el corazón de Dios y su Misterio, el modo de comulgar con El, de hacer camino de seguimiento. No lo puedo separar.

El texto que me acompaña, “*ser como levadura en la masa*” y el de Pablo, dejarle hacer en mi debilidad.

Algunos aprendizajes.

- Los pobres no son pobres... son empobrecidos. Cada día en este vivir cotidiano con la gente de estos pueblos no puedo llamarlos pobres, y se que ellos no se viven así, resulta incluso peyorativo. Más bien son empobrecidos, o los que sufren de un modo más agudo los “*efectos secundarios del sistema*”.
- No basta con ir a África, para estar en África. Hoy los viajes son muy rápidos, pero nuestro corazón necesita más tiempo. El desplazamiento geográfico no garantiza el otro. O dicho de otro modo, no basta estar cerca geográficamente de los empobrecidos, de la exclusión, del que es diferente, para estar cerca vitalmente de ellos. Hace falta otro desplazamiento que es proceso y lento, es toda una vida. Este pasa por dejar que el contexto te transforme, te rompa esquemas, expectativas, motivaciones, modos. Es en esta docilidad para dejarse transformar por la realidad, por el Dios que nos sale al encuentro en ella, donde cobra vida el voto de obediencia.
- Ser lúcidas y saber ver y nombrar nuestras contradicciones, no asustarse, hablar y dialogar con ellas; las personales, las grupales e institucionales. Porque, mientras expresamos nuestros deseos de más compromiso, de más encarnación, de más cercanía con los pobres, mientras lo expresamos en palabra o por escrito todo parece ir bien. Pero es al dar los primeros pasos de acercamiento, cuando aparecen también las resistencias, vemos la complejidad de las cosas, los miedos, empezamos a medir, a ser prudentes, realistas. Frecuentemente culpabilizamos a la comunidad, se convierte en nuestro chivo expiatorio, yo estoy dispuesta pero ¿y las otras? Surgen los primeros conflictos, expresados o no. Es el momento de dialogar mucho, de compartir, poner de manifiesto nuestras dudas, dificultades, necesidades vitales de cada una, cómo vivimos las cosas, cómo nos afectan, sin juzgar, sin moralizar ni culpabilizarnos, momento de acompañarnos, de discernir, esto es fundamental, con escucha verdadera, sin exigir, acogiendo las diferencias.
- Ir descubriendo mi propia pobreza y relacionarme desde ella, viviéndome en solidaridad radical, de sabernos de la misma pasta. No somos salvadoras, no venimos a transformar nada, simplemente a ser hermanas, compartiendo vida y suerte. ¡Como libera y relaja esto; y nos permite estar de otra manera, mas humildemente, más cercanas.

- Sostener las preguntas..No por no tener respuesta dejar de hacérselas. Sostener las preguntas es vivirnos desde nuestra verdad y las cuestiones que nos despierta.
- Tener paciencia histórica. Acoger el momento histórico de un pueblo y respetar el ritmo de la historia.
- Soñar la vida que nos gustaría y al mismo tiempo “Acoger la Vida” como viene, sabiendo que Dios la entraña, que es oportunidad.

¿Qué me va dando África?...

El otro día un agrónomo me explicaba que en las ciudades los árboles se riegan frecuentemente, tienen agua abundante en la superficie, por eso sus raíces no crecen en profundidad sino superficialmente, en cuanto hay viento fuerte los arranca. Esto es lo que me va aportando África, posiblemente la ocasión de echar raíces más profundas, crecer en confianza y abandono, sentir mi pertenencia a Otro y descubrir el milagro de sentirme “sostenida”.

Algunos deseos para la Vida Religiosa...

No se si son deseos, sueños o inquietudes....

- ¿Cómo crear un “estilo de vida” alternativo, no raro, sino posible para todos que sane y libere, “sostenible” para nosotros y los demás? Un estilo de vida que despierte preguntas, que sea camino. Nuestros votos, son una senda a recorrer en este sentido, nos dan pistas.
- Atrevernos a dar pasos y creer en ellos. Cada vez entiendo mejor el texto del evangelio. “El que escucha la palabra y no la pone en práctica es como un hombre que construye la casa sobre arena”. Que sabiduría hay en esta frase... La Palabra, lo que leemos, escribimos, y decimos no es suficiente para construir nuestra vida, para darle consistencia, la palabra si no se pone en práctica pierde su valor. Es la palabra hecha vida la que nos construye y da solidez. Esta palabra del evangelio es invitación a dar pequeños pasos, pasos humildes, pequeños, sin certitudes, pero que quieran hacer vida lo que vamos vislumbrando como camino. Gestos que son signo. A lo largo de la historia la Vida Religiosa ha ido dando pasos, hoy nos toca dar los nuestros.
- Terminar con la frase de Gandhi que últimamente me trabaja: “mi vida es mi mensaje” desearía que la vida religiosa podamos decir lo mismo “ nuestra vida es nuestro mensaje”